

Nuñez de Arce



POEMAS











EL VÉRTIGO



GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

---

EL  
VÉRTIGO

POEMA

—  
CUADRAGÉSIMAPRIMERA EDICIÓN  
—

MADRID

LIBRERÍA DE  
MARIANO MURILLO  
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7

LIBRERÍA DE  
FERNANDO FE  
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

1899



---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla  
ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

---

SR. D. J. MARTÍNEZ PARRA:

Mi querido amigo: varias veces, leyendo algunas de mis composiciones líricas, ha deslizado V. en mi oído la tentadora insinuación de que escribiera un poema donde se reflejasen las ideas, sentimientos y luchas de nuestra época, tan llena de altos pensamientos como de sucesos trágicos.

Exageraba V., llevado por el cariño que me profesa, el alcance de mis fuerzas, que son escasas para realizar la ardua empresa que V. me proponía, en la cual tantos ingenios se han estrellado, y que presenta todos los caracteres de una obra imposible. No hay marco capaz de encerrar en armónico conjunto la diversidad de propósitos, de pasiones y de conceptos de este siglo inmenso que ha presenciado y presencia tantas revoluciones en el orden social, en el psicológico y en el científico; de un siglo que piensa y siente como ningún otro ha pensado ni sentido; que ha removido todas las fibras del alma y todos los intereses de la tierra; que camina á tientas, cayendo

y levantándose en la sombra, pero sin desmayar nunca, por entre los más temerosos problemas; y que empujado por el demonio insaciable de la investigación, llega á las más elevadas cimas y á los más hondos abismos, escala los cielos y se sumerge en los lodazales del mundo para verlo, sentirlo y conocerlo todo.

Hay épocas en la historia en que la razón ha seguido una dirección uniforme, precisa, claramente determinada; en que un principio, una necesidad social, un sentimiento político, moral ó religioso, ha predominado casi en absoluto y se ha impuesto á la masa humana, haciéndola marchar en un sentido dado, como va la corriente de un río por su cauce. Las antinomias y rebeldías que engendra siempre el proceso de las ideas y que son el más poderoso estímulo del progreso humano, porque el día en que se apagara la contradicción, si esto fuera posible, la inteligencia se paralizaría, como se paraliza la sangre en un cuerpo muerto, fueron impotentes, en las épocas á que me refiero, para resistir el curso impetuoso de la idea matriz, del principio fundamental á que obedecían. Las ciencias, las artes, las costumbres, las leyes, todo avanzaba en la misma dirección, por el mismo camino, hacia el mismo fin y con el mismo paso. Dentro de estos períodos de ordenada elaboración intelectual, la poesía podía apreciar el movimiento de la humanidad en una síntesis suprema; abarcarla con su mirada desde las

cumbres de su inspiración; cantar sus grandezas y sus miserias, y ser al mismo tiempo la queja y el himno de aquellas generaciones más ó menos felices, pero disciplinadas.

En nuestro siglo el entendimiento humano ha crecido ó se ha ensoberbecido tanto, que, rompiendo todos sus diques, se desborda y extiende como una riada. Atraída nuestra época por múltiples y contrapuestos ideales, sin dejarse dominar exclusivamente por ninguno, sufre, sin embargo, la influencia de todos. Escéptica y fanática, autoritaria y demagógica, friamente utilitaria y, á veces, generosa hasta el heroísmo, en su seno se codean, se empujan, se oprimen y compenentran los principios más contrarios, los intereses más hostiles entre sí, las aspiraciones más inconciliables: al lado de milagros cuya verosimilitud se hubiera resistido á admitir la Edad Media, surgen las negaciones más violentas; junto á las creencias más vivas, las dudas más desgarradoras; por todas partes resaltan en la órbita del pensamiento, el contraste, la antítesis, la incertidumbre, el conflicto. Ni la filosofía, ni el arte siguen rumbos lógicos y seguros, porque ninguna doctrina definida y concreta impera en absoluto; antes bien pasan con la oscilación del péndulo de un extremo á otro, influídas por modas tan caprichosas como efímeras. Ayer reinaba, por ejemplo, la metafísica; hoy ha caído en menosprecio: ayer el arte era idealista; hoy es realista: ayer se extraviaba por la

inmensidad del espacio; hoy parece como que goza revolcándose en el fango más inmundo de la tierra: ayer levantaba ídolos; hoy derriba dioses. Grandes y profundas son las revoluciones sociales que en el presente siglo han trastornado la faz de los pueblos; pero son más grandes y profundas todavía las revoluciones que han agitado y agitan el mundo de la filosofía y del arte. Hay más distancia de Krause á Hartman, de Paul Delaroche á Courbet, de Lamartine á Zola y su escuela, que la que media entre la autocracia rusa y la democracia americana; y no obstante, ¡cuán pocos años hemos necesitado para salvar este abismo! Los mismos quizás que emplearemos mañana para desandar lo andado, para volver á nuestro punto de partida, para rehacer, en lo posible, lo que hemos deshecho, y destruir, también en lo posible, lo que hemos creado, porque el péndulo no se para nunca. ¡Siempre el flujo y reflujo de la vida!

¿Es racional que en medio de tan confuso remolino de ideas y de sucesos, intente la poesía—y aunque lo intente, lo consiga—reflejar las diversas tendencias de esta época tan activa como perturbada, que á fuerza de tener todos los caracteres, puede decirse que no tiene ninguno? No, amigo mío, no lisonjee V. mi amor propio para que emprenda una obra irrealizable: conozco que me faltan alientos para arrojarme en la vorágine que V. me señala, donde tantos se han ahogado, y no quiero acercarme,

ni por curiosidad, que sería peligrosa, á la esfera de atracción del precipicio; le tengo miedo.

Pero no es esto decir, que, atendiendo á los consejos de amigos para mí muy afectuosos, entre los cuales ocupa V. lugar preferente, no me decida acaso á escribir un poema de mayores y más trascendentales proporciones que los que hasta ahora he producido. Abrigo este pensamiento hace tiempo, y espero realizarlo, si Dios me concede para ello vida y reposo. Los poemas de cortas dimensiones que he publicado solo son, como serán los que publique en lo sucesivo, tentativas en que ejercito mis fuerzas y ensayo mi aptitud para los varios géneros de la poesía contemporánea. En *La Última Lamentación de Lord Byron* he procurado probarme en el tono épico, tal como creo yo que debe ser en nuestra época; en el *Idilio* he intentado penetrar en el seno de esa poesía íntima, familiar, patética que se desarrolla al calor del hogar y en la dulce serenidad de la naturaleza; en *La Selva Oscura* he pretendido velar mi pensamiento, sin hacerle incomprensible, en los misterios de la alegoría y del simbolismo, y en *La Visión de Fray Martín*, de la cual el público solo conoce el primer canto, he deseado, bajo forma severa y grave, unir lo fantástico y lo sobrenatural á lo real y trascendente.

En EL VÉRTIGO, que ahora doy á la imprenta, y que corresponde también á la serie de mis ensayos, predominan exclusivamente el carácter legen-

dario y la forma popular, para lo cual le he escrito en el metro del pueblo. Escaso es su valor; pero tal como es, se le dedico á V. cariñosamente, respondiendo á la estimación que siempre me ha manifestado, y con él tendrá V. que conformarse, mientras yo no pueda, como V. desea y quiero, ofrecerle una obra de más importancia, nunca la que V. ha soñado, sino la que logre dar de sí el pobre y ya fatigado ingenio de su antiguo amigo que de veras le aprecia,

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

20 de Noviembre, 1879.

# EL VÉRTIGO.

---

## I.

Guarneciendo de una ría  
la entrada incierta y angosta,  
sobre un peñón de la costa  
que bate el mar noche y día,  
se alza gigante y sombría  
ancha torre secular  
que un rey mandó edificar  
á manera de atalaya,  
para defender la playa  
contra los riesgos del mar.



## II.

Cuando viento borrascoso  
sus almenas no conmueve,  
no turba el rumor más leve  
la majestad del coloso.  
Queda en profundo reposo  
largas horas sumergido,  
y solo se escucha el ruido  
con que los aires azota  
alguna blanca gaviota  
que tiene en la peña el nido.

## III.

Mas cuando en recia batalla  
el mar rebramando choca  
contra la empinada roca  
que allí le sirve de valla;  
cuando en la enhiesta muralla  
ruge el huracán violento,  
entonces, firme en su asiento,  
el castillo desafía  
la salvaje sinfonía  
de las olas y del viento.

## IV.

Dió magnánimo el monarca  
en feudo á Juan de Tabares  
las seis villas y lugares  
de aquella agreste comarca.  
Cuanto con la vista abarca  
desde el alto parapeto,  
á su yugo está sujeto,  
y en los reinos de Castilla  
no hay señor de horca y cuchilla  
que no le tenga respeto.

## V.

Para acrecentar sus bríos  
contra los piratas moros,  
colmóle el rey de tesoros,  
mercedes y señoríos.  
Mas cediendo á sus impíos  
pensamientos de Luzbel,  
desordenado y cruel  
roba, asuela, incendia y mata,  
y es más bárbaro pirata  
que los vencidos por él.

## VI.

Pasma, al mirar su serena  
faz y su blondo cabello,  
que encubra rostro tan bello  
los instintos de una hiena.  
Cuando en el monte resuena  
su bronca trompa de caza,  
con mudo terror abraza  
la madre al niño inocente,  
y huye medrosa la gente  
del turbión que la amenaza.

## VII.

Desde su escarpada roca  
baja al indefenso llano  
con el acero en la mano  
y la blasfemia en la boca.  
Excita con rabia loca  
el ardor de su mesnada,  
y no cesa la algarada  
con que á los pueblos castiga  
sino cuando se fatiga,  
más que su brazo, su espada.

## VIII.

De condición dura y torva  
no acierta á vivir en paz,  
y como incendio voraz  
destruye cuanto le estorba.  
Todo á su paso se encorva,  
la súplica le exaspera,  
goza en la matanza fiera,  
y con el botín del robo  
vuelve, como hambriento lobo,  
á su infame madriguera.

## IX.

De cuyos espesos muros,  
en las noches sosegadas,  
surgen torpes carcajadas,  
maldiciones y conjuros.  
Con los cantares impuros  
de rameras y bandidos,  
salen también confundidos  
de los hondos calabozos,  
desgarradores sollozos  
y penetrantes quejidos.

## X.

Una noche, una de aquellas  
noches que alegran la vida,  
en que el corazón olvida  
sus dudas y sus querellas,  
en que lucen las estrellas  
cual lámparas de un altar,  
y en que, convidando á orar  
la luna, como hostia santa,  
lentamente se levanta  
sobre las olas del mar;

## XJ

don Juan, dócil al consejo  
que en el mal le precipita,  
como el hombre que medita  
un crimen, está perplejo.  
Bajo el ceñudo entrecejo  
rayos sus miradas son,  
y con sorda agitación  
á largos pasos recorre  
de la maldecida torre  
el imponente salón.

## XII.

Arde el tronco de una encina  
en la enorme chimenea:  
el tuero chisporrotea  
y el vasto hogar ilumina.  
Sobre las manos reclina  
su ancha cabeza un lebrel,  
en cuya lustrosa piel  
vivos destellos derrama  
la roja y trémula llama  
que oscila delante de él.

## XIII.

El fuego con inseguros  
rayos el hogar alumbra;  
pero deja en la penumbra  
los más apartados muros.  
Hacia los lejos oscuros  
la luz sus alas despliega,  
y riñen muda refriega  
en el fondo húmedo y triste,  
la sombra que se resiste  
y la claridad que llega.

## XIV.

Hosco don Juan y arrastrado  
por su incorregible instinto,  
cruza el gótico recinto  
convulso y acelerado.  
¿Qué maldad ó qué cuidado  
embarga su entendimiento?  
Dijérase que el tormento  
de su corazón, si fuera  
el alma de aquella fiera  
capaz de remordimiento.

## XV.

El odio que le avasalla,  
arrebatado y sombrío,  
tiene el ímpetu del río  
pronto á quebrantar su valla.  
Ni se apacigua ni estalla  
la cólera que en él late,  
y con mil ansias combate  
como corcel impaciente  
que á un tiempo el castigo siente  
del freno y del acicate.

## XVI.

En tan solemne momento  
lucha Tabares á solas  
con las encontradas olas  
de su propio pensamiento.  
¿Qué busca? ¿Cuál es su intento?  
¿Triunfará Dios ó Satán?  
Nunca los hombres sabrán  
por qué en el cerebro humano,  
como en el hoúdo Oceano,  
las olas vienen y van.

## XVII.

En vano á vencerse prueba,  
y con fuerza prodigiosa  
vuelve la pesada losa  
que abre paso á oculta cueva.  
Del repleto hogar se lleva  
un grueso leño encendido,  
y arrójase enfurecido  
por aquella negra entrada,  
lanzando una carcajada  
doliente como un gemido.



## XVIII.

Alza el lebrél que dormita  
la noble cabeza, el sueño  
sacude, y en pos del dueño  
gruñendo se precipita.  
Don Juan, con ira inaudita,  
marcha como un torbellino,  
y va saltando sin tino  
uno tras otro escalón,  
entre el humo del tizón  
con que alumbra su camino.

## XIX.

Al fondo del antro baja,  
y con sus puños de hierro,  
de un triste y lóbrego encierro  
el postigo desencaja.  
—Yace postrado en la paja  
un ser miserable y ruín,  
que recelando su fin  
azorado se incorpora,  
y con voz conmovedora  
grita:— «¿Qué quieres, Caín?»—

## XX.

Don Juan, insensible y duro,  
la vista en torno pasea,  
y fija la humosa tea  
en una grieta del muro.

—«Luís—le responde—te juro  
que te engaña el corazón,  
pues no tengo la intención  
de arrebatarte la vida,  
como á una fiera cogida  
en la trampa y á traición.»

## XXI.

—«¿Qué pretendes, pues?—exclama  
don Luís, tendiendo los brazos:—  
¿Quieres anudar los lazos  
á que la sangre nos llama?  
Si la pasión que te inflama  
en amor se convirtió,  
no te detengas, que yo  
con alma y vida te espero.»—  
Y rechazándole fiero,  
su hermano contesta:—«¡No!

## XXII.

Ya es razón que esto concluya—  
añade, falto de calma.

—¿Por qué Dios me ha dado un alma  
tan distinta de la tuya?

Pues no hay fuerza que destruya  
el odio mortal que abrigo,  
¿á qué, dí, cuando te hostigo,  
con tu cariño me hieres?

¡Aborréceme, si quieres  
ser generoso conmigo!»—

## XXIII.

Luego, con gesto feroz,  
prosigue quedo, muy quedo  
como si tuviera miedo  
de escuchar su propia voz:  
—«¡Si supieras cuán atroz  
es la inquietud con que lidio!  
Yo prefiero el fratricidio  
al afán que me tortura,  
porque es tal mi desventura  
que hasta tus penas envidio.

## XXIV.

Te detesto, y busco en vano  
un motivo á mis rigores.  
Yo, grande entre los mayores,  
con tu perdición ¿qué gano?»  
Y don Luís replica :— « Hermano,  
todo tiene sus azares.  
No conmigo te compares,  
que resultarás pequeño.  
Yo tus grandezas desdeño  
y tú envidias mis pesares. »

## XXV.

— « Es cierto. ¡ Suerte menguada! »—  
dice don Juan impaciente,  
golpeándose la frente  
con mano dura y crispada.  
La bondad, jamás cansada,  
de don Luís le desespera,  
y la pasión que le altera  
desborda en el calabozo  
con un ¡ ay! mitad sollozo,  
mitad rugido de fiera.

## XXVI.

¡Ah! no es extraño que gima  
de su angustia en el exceso,  
como el Titán bajo el peso  
del mundo que lleva encima.  
No es extraño que le oprima  
su rencor vivo y profundo,  
ni que se agite iracundo  
con más ímpetu quizás,  
porque á veces pesa más  
un pensamiento que un mundo.

## XXVII.

De su voluntad no es dueño,  
como el alma pecadora  
á quien asalta á deshora  
su culpa en forma de sueño.  
Intenta con loco empeño  
vencer su ansiedad sombría,  
y exclama con voz tan fría  
cual la punta de una daga:  
—«¡ Esta sed solo se apaga  
con tu sangre ó con la mía!

## XXVIII.

Que el sol naciente me vea  
libre de tan grave peso.»—  
Y levantándose el preso,  
dice resignado:—« ¡Sea! »—  
Don Juan recoge la tea,  
y echa á andar, perdiendo el tino,  
porque el fulgor mortecino  
que el seco leño despide  
tan solo á trechos divide  
las tinieblas del camino.

## XXIX.

El uno del otro en pos  
van, con paso mal seguro,  
por el subterráneo oscuro,  
abandonados de Dios.  
El lebrél entre los dos  
sobresaltado camina,  
y por la lóbrega mina  
llegan al viejo portillo,  
que á un lado tiene el castillo  
del peñón en que domina.

## XXX.

El soldado que la puerta  
por fuera guarda y defiende,  
absorto el paso suspende  
viéndola de pronto abierta.—  
Lejanas voces de alerta  
turban la noche callada,  
y con frase entrecortada  
por el ardor que le agita,  
don Juan, avanzando, grita:  
—¡Eh, malsín! Dame tu espada.»—

## XXXI.

Resistir quiere el soldado,  
y el monstruo entonces golpea  
con la resinosa tea  
la faz del desventurado.  
Por el dolor trastornado,  
cae el centinela inerte.  
—«Toma para defenderte  
de ese menguado el acero—  
prorrumpe don Juan,—pues quiero  
morir ó darte la muerte.»—

XXXII.

Airado al ver tal acción,  
 responde don Luís:—« Le tomo  
 para clavarle hasta el pomo  
 en tu infame corazón.  
 Por tan bárbara traición  
 te matara una y cien veces.»—  
 —« ¡ Gracias á Dios que apareces  
 tal como yo te quería!—  
 clama con sordo alegría  
 su hermano.— ¡ Ya me aborreces! »—

XXXIII.

El frío intenso y tenaz  
 calma pronto la zozobra  
 de don Luís, que al fin recobra  
 su única dicha, la paz.  
 Y en él despierta vivaz  
 el recuerdo santo y tierno  
 de aquellas noches de invierno  
 en que, el amparo de Dios,  
 juntos oraban los dos  
 en el regazo materno.



## XXXIV.

Y compara aquellos años  
de inocencia y bienandanza,  
tan henchidos de esperanza  
como desnudos de engaños,  
con los martirios y daños  
que ha sufrido entre cerrojos;  
y ante los duros enojos  
de aquél á quien tanto quiso,  
siente llegar de improviso  
las lágrimas á sus ojos.

## XXXV.

Don Juan, que ya no refrena  
sus iras, marcha delante  
revelando en su semblante  
la pasión que le enajena.—  
Yace la noche serena  
en vago adormecimiento;  
la luna en el firmanento  
sin celajes resplandece,  
y hay tal calma, que parece  
como aletargado el viento.

## XXXVI.

Cuando á desatarse empieza  
la tempestad en el alma,  
¡qué insoportable es tu calma,  
oh madre Naturaleza!  
Nunca á la humana tristeza  
das el ansiado consuelo,  
y en los momentos de duelo  
nuestra pena es más aguda  
bajo la impasible y muda  
indiferencia del cielo.

## XXXVII.

Atravesando un pinar  
llegan, tras breve jornada,  
á una planicie situada  
entre las cumbres y el mar.  
Nada parece turbar  
la paz del estéril llano:  
sólo del ronco Oceano,  
que con los peñascos lucha,  
el sordo rumor se escucha  
como un gemido lejano.

## XXXVIII.

Todo en el alma despierta  
un vago afán misterioso:  
el infinito reposo  
de la llanura desierta;  
la luz sin color y muerta,  
que inunda el diáfano ambiente;  
los ecos del mar rugiente,  
y el ladrido prolongado  
con que el lebrél erizado  
la catástrofe presiente.

## XXXIX.

Hay en la vasta llanura  
un tronco seco y sin ramas,  
despojado por las llamas  
de su pompa y su hermosura.  
De la escarcha la blancura  
le da un tinte funerario,  
pues se eleva solitario  
ennegrecido y escueto,  
como gigante esqueleto  
bajo su roto sudario.

## XL.

Don Juan que la marcha guta,  
detiéndose allí, desnuda  
su espada, y con voz sañuda  
clama:—« ¡Tu vida ó la mía! »—  
En actitud grave y fría  
ante él su hermano se para,  
y mirando cara á cara  
á su opresor:—« ¿Eso esperas? »—  
le dice:—« ¡Qué más quisieras  
sino que yo te matara! »

## XLI.

Hiere, si intentas herir;  
el golpe aguardo sereno,  
que yo, en cambio, te condeno  
al tormento de vivir.  
¿Adónde podrás huir  
que no te alcance el castigo?  
Te darán, en vano, abrigo  
otros climas y otras playas,  
pues donde quiera que vayas  
irá tu crimen contigo. »—

## XLII.

—«¡Mi crimen!—ruge don Juan.

—¡Por Cristo, que es brava idea!»—

Y en sus ojos centellea

la cólera de Satán.

—«Cuando suelto el huracán

rompe, arrolla y desbarata,

solo algún alma insensata,

en momento tan aciago,

culpa al viento del estrago,

y no á Dios que le desata.

## XLIII.

Desde el día en que nací—

añade airado y convuiso—

obedezco á extraño impulso,

y no soy dueño de mí.

Lucha, pues armas te dí

para ganar la partida,

que si en la lid fraticida

no opones el hierro al hierro,

juro á Dios que como á un perro

voy á arrancarte la vida.»—

## XLIV.

—« ¡Hazlo!—contesta su hermano.—

A tus instintos me entrego,  
pues no detendrá mi ruego  
los ímpetus de tu mano.  
Mi muerte será ¡oh tirano!  
tu expiación más tremenda;  
y rompo la espada, en prenda  
de que no quiero cobarde,  
ni piedad que me resguarde,  
ni acero que me defienda.»—

## XLV.

Dice, y quebrando después  
la bruñida y sutil hoja  
en dos pedazos, la arroja  
de su verdugo á los piés.  
Avanza tranquilo, y es  
su porte grave y austero.  
—« Guarde cada cual su fuero—  
exclama—y ya que es tu sino,  
mata como un asesino,  
mas no como un caballero.»—

XLVI.

Don Juan vacila un instante ;  
con su conciencia batalla ;  
pero al fin la envidia estalla  
más soberbia y más pujante.  
—«¡ Imbécil ! recojo el guante , » —  
grita con áspero tono ;  
y arrastrado por su encono ,  
contra el desdichado cierra ,  
que cae exánime en tierra  
exclamando : — « ¡ Te perdono ! » —

XLVII.

¿Cómo expresar el horror  
de aquella escena de muerte ?  
La víctima yace inerte  
á los piés del matador.  
Con su pálido fulgor  
la luna alumbra al caído ;  
el lebel , enardecido ,  
la hirviente sangre olfatea ,  
y se revuelve , y rastrea ,  
y rompe en lúgubre aullido .

## XLVIII.

Don Juan se detiene adusto;  
el asombro en él se pinta,  
y la espada en sangre tinta  
cae de su puño robusto.  
Los ojos vuelve con susto,  
horror se inspira á sí mismo,  
y cercano al paroxismo  
se retuerce y desespera,  
como si rodando fuera  
hacia el fondo de un abismo.

## XLIX.

Tierra, mar y firmamento  
cuanto huella y cuanto mira,  
todo en torno suyo gira  
con rápido movimiento.  
Llénase su pensamiento  
de mortal incertidumbre,  
y la inmensa muchedumbre  
de visiones que le asalta,  
ondula, bulle, resalta  
entre círculos de lumbre.



## L.

Su razón se turba, un velo  
de sangre anubla sus ojos,  
y cubren vapores rojos  
el mar, la tierra y el cielo.  
Con acongojado anhelo  
lanza un grito de agonía,  
y huye como res bravía  
cuando de pronto á su oído  
llega el ardiente latido  
de la furiosa jauría.

## LI.

Corre, corre, y corre en vano,  
porque cuanto más avanza  
más cerca á mirar alcanza  
el cadáver de su hermano.  
No encuentra término al llano,  
y ve con ansia cruel  
los ojos del nuevo Abel  
de eterna sombra cubiertos,  
siempre fijos, siempre abiertos,  
siempre clavados en él.

## LII.

Nunca el torpe matador  
de su víctima se aleja,  
y el miedo ver no le deja  
que va de ella en derredor.  
Al fin recoge el traidor  
de sus maldades el fruto:  
que á veces Dios, en tributo  
á su justicia ofendida,  
todo el dolor de una vida  
reconcentra en un minuto.

## LIII.

Su ronda desesperada  
sigue con bronco resuello,  
puesto de punta el cabello  
y atónita la mirada.  
En su fuga acelerada  
apenas el suelo toca,  
y cuanto más en su loca  
carrera el triste se ofusca,  
más le estrecha, más le busca,  
más el muerto le provoca.

## LIV.

Precipítase sin tino,  
y aumentando sus terrores,  
los espectros vengadores  
le acosan en el camino.  
Gira como un remolino  
sin detenerse jamás,  
y va ciego, y cuanto más  
huye, ve más espantado  
el cadáver siempre al lado  
y el lebrel siempre detrás.

## LV.

Nada su pavor mitiga,  
y su marcha abrumadora  
se prolonga hora tras hora  
sin ceder á la fatiga.  
Su propio crimen le hostiga  
con creciente frenesí,  
hasta que fuera de sí,  
crispado, livido, yerto,  
se desploma junto al muerto  
gritando:—«¡ Infeliz de mí!»

## LVI.

Cuando su manto repliega  
la triste noche sombría,  
tres muertos alumbrá el día  
en la solitaria vega:  
don Luís, que en sangre se anega  
y yace en tranquilo sueño,  
don Juan, cuyo torvo ceño  
muestra su angustia final,  
y el lebel, noble y leal,  
tendido á los piés del dueño.

## LVII.

¡Conciencia, nunca dormida,  
mudo y pertinaz testigo  
que no dejas sin castigo  
ningún crimen en la vida!  
La ley calla, el mundo olvida;  
mas ¿quién sacude tu yugo?  
Al Sumo Hacedor le plugo  
que á solas con el pecado,  
fueses tú para el culpado  
delator, juez y verdugo.



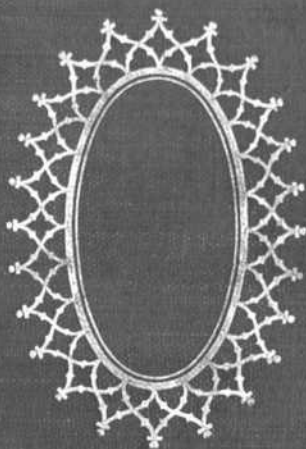












**G 243326**



**NUMER DE ARCE**  
**FOUNDA'S**

